

L. P. Hartley

El mensajero

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Go-Between*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Copyright L. P. Hartley, 1957

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2004, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-859-4

Depósito legal: M. 24.550-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	Prólogo
35	Capítulo 1
50	Capítulo 2
60	Capítulo 3
72	Capítulo 4
90	Capítulo 5
99	Capítulo 6
112	Capítulo 7
132	Capítulo 8
148	Capítulo 9
161	Capítulo 10
173	Capítulo 11
191	Capítulo 12
204	Capítulo 13
222	Capítulo 14
236	Capítulo 15
258	Capítulo 16
268	Capítulo 17
283	Capítulo 18
300	Capítulo 19
315	Capítulo 20
333	Capítulo 21
350	Capítulo 22
365	Capítulo 23
381	Epílogo

Para la señorita Dora Cowell

Pero, hijo del polvo, las flores fragantes,
el brillante cielo azul y el césped aterciopelado
fueron extraños guías hacia la enramada
a donde tus pasos audaces te arrastraron.

EMILY BRONTË

Prólogo

El pasado es un país extranjero: allí las cosas se hacen de otra manera.

Cuando me tropecé con el diario estaba en el fondo de una caja roja de cartón bastante estropeada donde de pequeño guardaba los cuellos almidonados. Alguien, probablemente mi madre, la había llenado con tesoros de aquellos días: dos erizos de mar, vacíos y secos; dos imanes oxidados, uno grande y otro pequeño, que casi habían perdido todo el magnetismo; algunos negativos de fotos en un rollo muy apretado; restos de barras de lacre; un pequeño candado de combinación con tres filas de letras; una madeja de cordel muy fino y uno o dos objetos ambiguos, piezas de otras estructuras que no recordaba, y de dudosa utilidad, por tanto, a primera vista. Aquellas reliquias no estaban sucias ni tampoco exactamente limpias: poseían la pátina del tiempo; y al tocarlas por primera vez al cabo de más de cincuenta años, el recuerdo de lo que habían significado para

mí me pareció tan débil como el poder de atracción de los imanes, pero igualmente perceptible. Hubo un intercambio entre ellas y yo, ese placer tan íntimo del reconocimiento, el júbilo casi místico de poseer algo cuando se es muy pequeño, sentimientos que me avergonzaron a mis sesenta y pico años.

Era como pasar lista a la inversa; las criaturas de otro tiempo decían sus nombres, y yo respondía «Servidor». Solo el diario se negó a revelar su identidad.

Mi primera impresión fue que se trataba de un regalo que alguien había traído del extranjero. La forma, los rótulos, la encuadernación en flexible piel de color morado que se arrugaba en las esquinas, le daban un aire extranjero; y aún se reconocían los cantos dorados. De todos los objetos de la caja era el único que quizá fuese caro. Sin duda lo tuve en mucho aprecio, ¿cómo era posible que no lo situara?

No quise tocarlo y lo atribuí a que suponía un desafío para mi buena memoria: estoy orgulloso de ella y no me gusta que me den pistas. De manera que me quedé contemplándolo como si fuera un espacio en blanco en un crucigrama. Pero siguió sin hacerse la luz, y de repente empecé a manosear la cerradura con combinación, porque recordé cómo, en el internado, siempre era capaz de abrirla al tacto cuando otra persona había fijado la clave. Era una de mis habilidades, y la primera vez que lo logré conseguí algunos aplausos, porque expliqué que para hacerlo tenía que caer en trance, cosa que no era del todo mentira, ya que me esforzaba por no pensar en nada y dejar que mis dedos trabajaran sin dirigirlos en absoluto. Para causar más efecto, sin embargo, cerraba los ojos y me mecía suavemente hacia atrás y hacia adelante, hasta que el esfuerzo de no pensar casi me dejaba

exhausto; y eso fue lo que me encontré haciendo ahora de manera instintiva, como si tuviera público. Después de una pausa intemporal oí el débil chasquido y sentí cómo los lados de la cerradura se aflojaban y se separaban; y al mismo tiempo, semejante a una liberación por simpatía en el interior de mi cerebro, recordé el secreto del diario.

Pero incluso entonces seguí sin querer tocarlo; de hecho mi reticencia aumentó, porque ahora sabía ya el motivo de mi desconfianza. Al levantar la vista tuve la impresión de que todos los objetos del cuarto despedían la fuerza debilitante del diario, y transmitían su mismo mensaje de desilusión, de desencanto y de derrota. Y por si aquello fuera poco sus voces me reprochaban no haber tenido suficiente coraje para ignorarlas. Atacado por dos flancos, me quedé mirando los ventrudos sobres que tenía a mi alrededor, los montones de papeles atados con cintas rojas: ordenar todo aquello era la tarea que me había marcado para las veladas invernales, y la caja roja de los cuellos almidonados había sido casi el primero de mis intereses; y comprendí, con una amarga mezcla de autocompasión y sentimiento de culpabilidad, que, de no ser por el diario, o lo que el diario representaba, todo habría resultado distinto. No me encontraría en aquella gris habitación sin flores, donde ni siquiera se habían corrido las cortinas para ocultar la fría lluvia que azotaba las ventanas, ni contemplaría la acumulación del pasado, ni las obligaciones que me imponía clasificarlo. Tendría que encontrarme en otra habitación con todos los colores del arco iris, y no mirando hacia el pasado sino hacia el futuro; y no estaría solo.

Eso me dije, y con un gesto, nacido como la mayoría de mis actos de la voluntad y no de mis inclinaciones, saqué el diario de la caja y lo abrí.

DIARIO PARA EL AÑO 1900

decía, con una impresión mediante lámina de cobre muy distinta de los rótulos actuales; y en torno al año tan confiadamente anunciado, el primero del siglo, con las alas de la esperanza, se apiñaban los signos del zodiaco, y cada uno lograba sugerir plenitud de vida y de poder; todos gloriosos, pero cada uno con un tipo de gloria diferente. Qué bien recordaba sus formas y actitudes; y también recordaba, aunque ya no tuviera fuerza para mí, la magia con que estaban todos investidos, y la sensación cosquilleante que transmitían de una plenitud ya próxima; y eso tanto las criaturas de baja condición como las más enaltecidas.

Los peces de Piscis jugueteaban placenteramente, como si no existieran redes ni anzuelos; Cáncer, el cangrejo, tenía un brillo jovial en la mirada, como si fuera muy consciente de su extraño aspecto y disfrutase al máximo con la chistosa impresión que causaba; e incluso Escorpio alzaba sus terribles pinzas con un aire alegre, heráldico, como si sus mortíferas intenciones solo existieran en las leyendas. Aries, Tauro y Leo simbolizaban la virilidad llena de imperio; eran lo que todos nosotros pensábamos que llegaríamos a ser: despreocupados, nobles, autosuficientes, gobernadores de sus meses con soberano imperio. En cuanto a Virgo, la única figura del todo femenina de aquella galaxia, apenas soy capaz de decir lo que significaba para mí. Iba adecuadamente vestida, pero tan solo con los rizos y bucles de su larga melena; y dudo que la dirección del internado, de tener conocimiento de su existencia, hubiese visto con buenos ojos las muchas horas que mis pensamientos se entretenían con ella, aunque estoy convencido

que de la manera más inocente. La Virgen era para mí la clave de toda la estructura, el punto álgido, la piedra angular, la diosa: porque en aquel entonces, a diferencia de ahora, mi imaginación era apasionadamente jerárquica; concebía las cosas en una escala ascendente, círculo sobre círculo, hilera sobre hilera, y la mecánica revolución anual de los meses no perturbaba aquella idea. No ignoraba que el año tenía que volver al invierno y comenzar de nuevo; pero, tal como veía las cosas, los componentes del zodiaco no estaban sujetos a tales limitaciones, sino que se elevaban en una espiral infinita.

Y la expansión y ascensión, como de algún gas divino, que consideraba el principio rector de mi propia vida, las atribuía al siglo que iba a comenzar. El año 1900 tenía un atractivo casi místico para mí; lo esperaba con impaciencia difícilmente contenida: «Mil novecientos, mil novecientos», canturreaba extático para mis adentros; y al iniciarse la agonía del viejo siglo, empecé a preguntarme si viviría para ver a su sucesor. Contaba con una excusa para ello: había estado enfermo y me había familiarizado con la idea de la muerte; pero mucho más importante era el temor a perderme algo infinitamente valioso: el alba de una Edad Dorada. Porque esa era mi idea del nuevo siglo: la realización, por parte del mundo entero, de las esperanzas que yo abrigaba para mí.

El diario fue un regalo de Navidad de mi madre, a quien había confiado algunas de mis aspiraciones para el futuro, aunque no todas, ni mucho menos, y ella quería que conservara las fechas dignamente recogidas.

En mis fantasías zodiacales había una nota discordante, que procuraba no escuchar cuando me entregaba a ellas, por-

que echaba a perder la experiencia, y era el papel que yo desempeñaba.

Mi cumpleaños caía a finales de julio y yo tenía una razón adicional, y excelente por añadidura, para reclamar al león como mi símbolo, aunque por nada del mundo la hubiera mencionado en el internado. Pero aunque le admiraba mucho, a él y a lo que representaba, no podía identificarme con ese signo del zodiaco porque en los últimos tiempos había perdido la facultad que, como a otros niños, tanto me había complacido anteriormente: la de fingir que era un animal. Un trimestre y medio en el internado habían contribuido a producir aquella incapacidad imaginativa; pero también se trataba de un cambio natural, porque me encontraba entre los doce y los trece años, y quería pensar en mí como hombre.

Había solo dos candidatos, por tanto, Sagitario y Acuario, y, para hacer la elección más difícil, el artista, que probablemente dominaba muy pocos tipos faciales, los había hecho muy parecidos. Eran en realidad el mismo hombre siguiendo distintas vocaciones. Se trataba de un varón fuerte y decidido y eso me gustaba, porque una de mis ambiciones era convertirme en una especie de Hércules. Me inclinaba hacia Sagitario por ser el más romántico, y porque la idea de utilizar un arma me atraía. Pero mi padre había estado en contra de la guerra, que me parecía la profesión del Arquero; y en cuanto a Acuario, aunque lo sabía un miembro útil de la sociedad, no podía evitar considerarlo como trabajador del campo o, todo lo más, como jardinero; y yo no quería ser ninguna de esas dos cosas. Los dos me atraían y me repelían al mismo tiempo: quizá tenía celos de ambos. Cuando examinaba detenidamente la primera página del dia-

rio trataba de no mirar a la combinación Sagitario-Acuario, y cuando todo el conjunto tomaba alas y se remontaba hacia el cenit, llevándose consigo al siglo XX para una última galopada celestial, me las arreglaba para dejarlos atrás. Convertido en un signo del zodiaco semejante a un ministro sin cartera, tenía entonces a la Virgen a mi exclusiva disposición.

Una de las consecuencias del diario fue que pasé a ser el primero de la clase gracias a saberme los signos del zodiaco. En otro sentido su influencia fue menos agradable. Deseaba ser digno del diario, de su piel morada, de sus cantos dorados, de su suntuosidad en términos generales; y comprendía que mis anotaciones debían de estar a su altura. Tenían que reseñar cosas que merecieran la pena, y hacerlo con un alto grado de habilidad literaria. Mis ideas sobre lo que merecía la pena eran ya bastante exigentes y me parecía que mi vida escolar no proporcionaba sucesos adecuados para un marco tan magnífico como el que proporcionaban al unísono mi diario y el año 1900.

¿Qué era lo que había escrito? Recordaba bien la catástrofe, pero no las etapas que habían llevado hasta ella. Fui pasando las páginas. Las anotaciones eran pocas. «Té con el *pater* y la *mater* de C: muy placentero». Después, con más precisiones, «Té razonablemente grato con la familia de L. Panecillos, bollos, pasteles y mermelada de fresa». «Viaje a Canterbury en tres etapas. Visita a la catedral, muy interesante. Sangre de Thomas Beckett. *Très* conseguido». «Paseo a Kingsgate Castle. M. me ha enseñado su navaja nueva». Era la primera referencia a Maudsley; seguí pasando las páginas más deprisa. Ah, allí estaba: la saga de Lambton House. Lambton House era una escuela primaria con la que man-

teníamos unas especiales relaciones de rivalidad; algo así como Eton y Harrow. «Jugamos con Lambton House en nuestro campo. Empate 1-1». «Jugamos con Lambton House en su campo. Empate 3-3». Luego, «Último, Final y Definitivo Encuentro. Lambton House sojuzgado por 2-1. ¡¡¡McClintock marcó los dos tantos!!!».

A continuación no había anotaciones durante algún tiempo. ¡Sojuzgado! Aquella palabra fue la causa de mis sufrimientos. Mi actitud hacia el diario tenía dos facetas contradictorias: me sentía muy orgulloso de él y deseaba que todo el mundo lo viera y leyera lo que había escrito, y al mismo tiempo tenía una fuerte inclinación hacia el secreto y no quería que nadie lo viera. Sopesé durante horas los pros y los contras de las dos actitudes. Pensaba en la aprobación que provocaría el diario al pasar, con asombro, de mano en mano. Consideré el aumento de mi prestigio, las oportunidades de lucimiento personal que aprovecharía discreta pero eficazmente. Y por otro lado estaba el placer íntimo de cavilar sobre el diario en secreto, como un ave empollando sus huevos, lanzado a la creación, perdido en ensueños zodiacales, meditando sobre el glorioso destino del siglo XX, embriagado con mis premoniciones, casi sensuales, sobre lo que iba a sucederme. Se trataba de alegrías que dependen del secreto; y que se desvanecerían si las contaba o incluso por el simple hecho de revelar su fuente.

De manera que traté de conseguir lo mejor de ambos mundos: hice insinuaciones sobre la posesión de un tesoro escondido, pero no dije qué era. Y durante algún tiempo aquella táctica tuvo éxito, despertó curiosidad, se me hicieron preguntas: «Bien, ¿de qué se trata? Dínoslo». Por mi parte disfrutaba dando respuestas evasivas: «¿Verdad que os gus-

taría saberlo?». Feliz, adoptaba un aire de «podría si quisiera», y sonreía, misterioso. Alentaba incluso series de preguntas del tipo «animal, vegetal o mineral», cortándolas cuando mis condiscípulos ya estaban a punto de quemarse.

Quizás les proporcioné demasiada información; pero en cualquier caso ocurrió la única cosa que no había previsto. No tuve el menor aviso: sucedió durante un recreo, a media mañana, y supongo que aquel día no había mirado en mi pupitre. Me vi rodeado, de repente, por una turba de sonrientes chiquillos que repetían una cantinela: «¿Quién dijo “sojuzgado”? ¿Quién dijo “sojuzgado”?». En un instante se echaron todos sobre mí y me tiraron al suelo; se me aplicaron distintas formas de tortura física, y el más cercano de mis verdugos, que estaba casi tan sin aliento como yo, tantos eran los que lo aplastaban, exclamó: «¿Te das por sojuzgado, Colston, te das por sojuzgado?».

En aquel momento me rendí sin condiciones, y durante la semana siguiente, que me pareció una eternidad, me vi sometido al mismo tratamiento al menos una vez al día: no siempre a la misma hora, porque los cabecillas elegían cada oportunidad con cuidado. A veces, al acercarse el día a su fin, creía haber escapado; pero entonces veía a la inicua banda en cóncave; estallaban los gritos de «sojuzgado» y la jauría se lanzaba sobre mí. Me daba por sojuzgado en cuanto podía, pero de ordinario tenía todo el cuerpo dolorido antes de que me concedieran cuartel.

Por extraño que parezca, aunque muy idealista acerca del futuro, era francamente realista en cuanto al presente: nunca se me ocurrió ligar mi vida en el internado con la Edad de Oro ni pensar que el siglo XX me estuviese fallando. Tampoco tuve que refrenar el impulso de escribir a casa o de

irle con el cuento a uno de los profesores. Me lo había buscado yo, lo sabía perfectamente, por usar aquella palabra pretenciosa, y no ponía en duda el derecho de la opinión pública a castigarme. Pero estaba tremendamente ansioso de probar que no me daba por sojuzgado; y como era evidente que no podía hacerlo por la fuerza bruta, tenía que recurrir a la astucia. Para sorpresa mía me devolvieron el diario. Aparte de tener la palabra «sojuzgado» garrapateada por todas partes, estaba intacto. Atribuí la restitución a magnanimidad; ahora creo que se debió más bien a motivos de prudencia, por el temor a que denunciase su desaparición como robo. Notificar un robo no iba en contra de nuestro código, no era chivarse, como lo hubiera sido ir con el cuento de que se usaba la fuerza contra mí. Lo reconocí como mérito de mis enemigos, pero seguía teniendo unas ganas enormes de acabar con la persecución y también de desquitarme. Nada más que desquitarme, porque no era vengativo. Afortunadamente las palabras escarnecedoras estaban a lápiz. Me retiré con el pintarrajeado diario a los lavabos, dispuesto a hacer desaparecer todo aquello, y fue allí, gracias al descansado estado de ánimo que provoca la mecánica acción de borrar, donde tuve mi idea.

Mis enemigos creerían, razoné, que el diario quedaba desacreditado para siempre como talismán de la propia estimación; y de hecho casi estaban en lo cierto, porque al principio tuve la impresión de que había perdido su magia al ser violado: apenas soportaba mirarlo. Pero a medida que, uno a uno, fueron desapareciendo los humillantes «sojuzgado», recobró su valor y sentí también que recuperaba su fuerza. ¡Sería maravilloso poder convertirlo en instrumento de mi venganza! Sería un acto de justicia poética. Y además mis enemigos es-

tarían desprevenidos; nunca considerarían peligrosa un arma que habían inutilizado de manera tan sistemática. Tampoco tendrían del todo tranquila la conciencia, porque sería un símbolo del daño que me habían hecho, y les impresionaría más un ataque que viniera precisamente de ahí.

En la intimidad de mi retiro practiqué asiduamente; luego me corté un dedo, mojé la pluma en sangre, y transcribí en el diario las dos maldiciones.

Las he vuelto a contemplar ahora, marrones y descoloridas, pero todavía legibles, aunque no comprensibles, con la excepción de los dos nombres en letras mayúsculas, JENKINS Y STRODE, muy destacados y siniestramente inteligibles. Las maldiciones nunca fueron inteligibles, porque no tenían ni pies ni cabeza: las confeccioné con figuras y símbolos algebraicos y con lo que recordaba de algunos caracteres sánscritos que había visto y que había estudiado minuciosamente en una traducción de *La piel de zapa* que había en casa. La MALDICIÓN UNO iba seguida de la MALDICIÓN DOS. Cada una ocupaba una página del diario. En la siguiente, que por lo demás quedaba en blanco, había escrito:

MALDICIÓN TRES
DESPUÉS DE LA MALDICIÓN TRES
LA VÍCTIMA MUERE

De mi puño y letra y escrito con mi SANGRE

POR ORDEN
DEL VENGADOR

Aunque los caracteres estaban muy descoloridos, todavía exhalaban malevolencia, aún eran capaces de tocar una fibra sensible supersticiosa, y debería haberme avergonzado de ellos. Pero no fue así. Sentí, por el contrario, cierta envidia de mi yo de entonces, que no dejaba pasar las cosas, que no sabía de apaciguamientos, y que estaba dispuesto a poner todos los medios a su alcance para hacerse respetar en sociedad.

Apenas sabía qué resultados esperaba obtener con mi plan, pero coloqué el diario en mi casillero, que dejé aposta sin cerrar, incluso entreabierto, mostrando la tapa del diario, y esperé acontecimientos.

No tuve que aguardar mucho: se produjeron muy pronto y de manera muy desagradable. Me atacaron a las pocas horas y la paliza que recibí fue la peor de toda la serie. «¿Te das por sojuzgado, COLSTON, te das por sojuzgado?», gritaba Strode, a horcajadas sobre mí en medio de la confusión. «¿Quién es ahora el vengador?». Y me apretó con los dedos debajo de los ojos, truco con el que, según se daba por sabido, se conseguía hacerlos saltar.

Aquella noche, en la cama, mis ojos doloridos derramaron lágrimas por vez primera. Era mi segundo trimestre en el internado; nunca había sido objeto de burlas y menos aún de intimidaciones sistemáticas, por lo que no sabía qué pensar. Tenía la impresión de haber quemado mi último cartucho. Todos mis atormentadores eran mayores que yo y no existía posibilidad alguna de reunir una banda para luchar contra ellos. Y a falta de eso, tampoco cabía buscar consuelo. Estaba bien visto reclutar partidarios si se trataba de pasar a la acción; pero hacer confidencias en busca de consuelo era impensable, sencillamente. Los otros cuatro chicos

que dormían en la misma habitación que yo (Maudsley era uno de ellos) estaban al tanto de mis dificultades, por supuesto; pero no se les habría ocurrido ni por ensueño mencionarlo, ni siquiera cuando vieron mis cicatrices y cardenales: quizá todavía menos entonces. Incluso decir «Mala suerte» habría sido de pésimo gusto, tan condenable como dar a entender que no era capaz de cuidar de mí mismo. Habría sido como hacer notar un defecto físico. La ley de que cada uno tenía que resolverse sus propios problemas era absoluta, y nadie la suscribía tan decididamente como yo, que no era más que un recién llegado al internado y había aceptado sus reglas sin la menor crítica. Era una persona que se amoldaba a las circunstancias: nunca se me había ocurrido que por el hecho de pasarlo mal tuviera que atacar al sistema o desconfiar del corazón humano.

Mis compañeros de cuarto mostraron, sin embargo, su consideración hacia mí con un detalle que todavía recuerdo con gratitud. Teníamos la costumbre de hablar durante unos minutos después de que se apagaran las luces, simplemente porque hacerlo iba contra las reglas del internado; y si alguno de los cinco se abstenía, se le reprendía con dureza, y se le decía que era un gallina y que estaba echando a perder el buen nombre de nuestro pequeño grupo. Ignoro si mis sollozos fueron audibles, pero no me atreví a hablar para que la voz no me hiciera traición y nadie censuró mi silencio.

Al día siguiente durante el recreo paseé solo, muy cerca de la valla, porque así, por lo menos, no podían rodearme. Estaba atento a la aparición de la banda (porque en cualquier sitio vacío podían surgir de pronto seis personas) cuando un